

Reflexiones sobre el capítulo 13 de Juan

Arzobispo Naumann - Semana 6



Diácono Bill Scholl:

Bienvenidos a Enardecer nuestros corazones con la maravilla eucarística, por el Arzobispo Joseph Naumann de la Arquidiócesis de Kansas City en Kansas, una serie de reflexiones sobre el Evangelio de Juan mientras contemplamos el maravilloso regalo de nuestro Señor a través de la acción de la Misa, cuando Cristo se nos da en la Eucaristía. (música)

Arzobispo Joseph Naumann:

Queridos amigos, soy el arzobispo Joseph Naumann y estamos completando nuestras reflexiones sobre la Eucaristía. Los cinco primeros, recorrimos el capítulo sexto del Evangelio de San Juan, el famoso discurso del pan de vida, y hoy, vamos a leer también de Juan, pero ahora vamos a estar en el capítulo 13. Este es el relato de Juan de la noche del Jueves Santo. Este es el evangelio que la Iglesia nos hace leer cada Jueves Santo. Es Juan 13 versículos 1 a 15:

"Antes de la fiesta de la Pascua, Jesús sabía que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre. Amaba a los suyos en el mundo y los amó hasta el final. El diablo ya había inducido a Judas, hijo de Simón el Iscariote, a entregarlo. Por eso, durante la cena, plenamente consciente de que el Padre había puesto todo en su poder y de que había venido de Dios y volvía a Dios, se levantó de la cena y se quitó las vestiduras exteriores. Tomó una toalla, se la ató a la cintura, echó agua en una palangana y se puso a lavar los pies de los discípulos y los secó con la toalla que llevaba a la cintura. Se acercó a Simón Pedro, que le dijo: "Maestro, ¿me vas a lavar los pies?". Jesús respondió y le dijo: 'Lo que hago, no lo entiendes ahora, pero lo entenderás después'. Pedro le dijo: "Nunca me lavarás los pies". Jesús le contestó: 'Si no te lavo, no tendrás herencia conmigo'. Simón Pedro le dijo: "Maestro, entonces no sólo mis pies, sino también mis manos y mi cabeza". Jesús le dijo: 'El que se baña no tiene necesidad más que de lavarse los pies, porque está limpio por todas partes, así que tú estás limpio, pero no del todo', porque sabía quién le negaría. Por eso -dijo- no todos estáis limpios. Y cuando les lavó los pies, les volvió a poner los vestidos y se sentó de nuevo a la mesa, les dijo: "¿Os dais cuenta de lo que he hecho por vosotros? Me llamáis maestro y señor, y con razón, porque en verdad lo soy. Por eso, si yo, el maestro y el instructor, os he lavado los pies, debéis lavaros los pies los unos a los otros. Os he dado un modelo a seguir para que, como yo he hecho con vosotros, vosotros también hagáis". El Evangelio del Señor.

Pues bien, amigos, en el evangelio de Juan, a diferencia de Mateo, Marcos y Lucas, cuando hablan de la noche del Jueves Santo, nos dan realmente a Jesús celebrando la

Primera Eucaristía y nos dan las palabras de institución. Pablo, en una de sus cartas, también se hace eco de ello. Así que eso es muy importante. Pero Juan, cuando describe la noche del Jueves Santo, se centra en esta parábola, si se quiere, que Jesús utiliza como homilía para ellos en la Primera Eucaristía, porque ya nos ha dado el sexto capítulo que hemos recorrido las últimas cinco semanas, ya nos ha dado la gran enseñanza de Jesús sobre sí mismo como pan de vida. Así que el evangelio que se elige, y esto es, creo, muy fascinante en nuestra liturgia en esa noche, cuando celebramos la institución de la Eucaristía, así como la institución del sacerdocio. La iglesia nos presenta este pasaje de Juan 13, con este famoso episodio en el que están sentados a la mesa y Jesús, según se nos dice, se quita sus vestiduras exteriores, coge una toalla y una palangana y un jarro de agua y empieza a recorrer la mesa para lavar los pies de los apóstoles.

Ahora, en el tiempo de Jesús, mucha gente caminaba descalza. Si llevaban algo, eran estas sandalias, y caminaban por estos caminos muy polvorientos, por lo que sus pies estaban bastante sucios. Se consideraba impuro tocar la planta de los pies de otra persona porque eran impuros. Esto era algo que hacían los sirvientes, los esclavos, pero no alguien que fuera un rabino o un maestro, no alguien que fuera el jefe de la casa para su invitado. Habría otros que harían este trabajo realmente desagradable, si se quiere, de lavar los pies del invitado. Jesús está haciendo algo muy radical aquí cuando va alrededor de la mesa, lava los pies de sus discípulos.

Llega a Simón Pedro, y éste le dice: "No, no me vas a lavar los pies". Está reaccionando a que esto no es correcto que mi maestro y señor me lave los pies. Entonces Jesús dice: "Si no te lavo los pies, no tendrás herencia conmigo". Entonces Pedro, que siempre es un poco exagerado en sus reacciones, dice: "Bueno, lávame también las manos y la cabeza", y Jesús dijo: "No, esto es suficiente, sólo hay que lavar los pies". Pero Él hace esta enseñanza de que si vas a ser Su discípulo, que tienes que tener esta humildad y tienes que ser un hombre o mujer de gran servicio, de amor de siervo a los demás. Está diciendo a aquellos a los que dará poder para celebrar la Eucaristía y entregarla, a los que presidirán la celebración eucarística, que si van a presidir esa celebración, ellos especialmente, pero todos los que recibieron la Eucaristía, esto es cierto también, que debemos seguir a Jesús en esta forma de amor de servicio.

Así que el evangelio de Juan nos da esta hermosa enseñanza de Jesús de seguir al maestro y tener intimidad con Jesús que la Eucaristía nos permite que, como decíamos la semana pasada, no sólo nos pone en proximidad con Jesús, sino que Jesús entra en nosotros y estamos unidos a Él de esta manera increíble. Jesús nos da la Eucaristía para alimentar nuestra fe, pero ¿nutrirnos para qué? Para hacer que su amor sea real y vivo en el mundo, y por eso estamos llamados a ser estos líderes servidores, estos amantes servidores, si se quiere.

La primera homilía que di como diácono transitorio. Llevaba pocos días ordenado. Uno de los hombres de la clase que estaba delante de mí, que se había ordenado sacerdote, me pidió que predicara en su primera misa, lo cual no sé por qué eligió hacer eso, pero

de todos modos, recuerdo una de las cosas que dije en mi homilía en esa primera misa, sin saber mucho en ese momento de mi ministerio ordenado, pero dije: "Bueno, hoy, la iglesia tiene un nuevo lavador de pies". En el sacerdocio, eso es lo que estamos llamados a ser. No se trata de honores y dignidad. Jesús enseña en otras partes del evangelio sobre esto que si estamos siguiendo a Jesús porque queremos recibir honores y dignidad y ganar el respeto y la estima de los demás, entonces no lo estamos siguiendo realmente. Que seguir a Jesús significa seguirlo en su camino de amor heroico, y de amor de Servicio.

Por supuesto, la Eucaristía nos hace presente lo que sucede en el Calvario, así que Jesús, al darnos la Eucaristía, nos da el medio, sí, para recibir el pan de la vida, pero nos hace presente el sacrificio del Calvario. Hablamos del sacrificio de la Misa. Jesús inventa este medio, no sólo para hacerse presente a nosotros en este pan de vida y en este alimento para nutrir nuestras almas, sino que hace presente el asombroso don del Calvario en el que Jesús muestra el último acto de humildad. Esto es más que lavar los pies. Se deja someter a la crueldad de su pasión. Se permite ser azotado y luego ser obligado a cargar la cruz. Se permite morir de esta manera tan ignominiosa. Se humilla así para que tú y yo conozcamos la profundidad del amor de Dios. Esto es lo que Dios estaba dispuesto a pasar para comunicar su deseo de que estuviéramos en amistad con Él y en comunión con Él y que de esa cruz fluyera sangre y agua del costado de Jesús. Si recuerdas en el relato de la Pasión, van a romper los huesos y las piernas de los otros que fueron crucificados. Esta era una forma de acelerar su muerte porque morían por Asfixia.

Pero cuando se acercan a Jesús, dicen: "Ya está muerto, no es necesario", lo cual está en uno de los Salmos que nos predice: "No se romperá ni un hueso suyo". En cambio, el centurión le clava la lanza en el costado y de su costado sale sangre y agua. ¿Qué significan? Significan que desde el Calvario, Jesús está dando a luz a la iglesia, y así el agua y la sangre, significan la vida sacramental de la iglesia. Significan el bautismo y la sangre significa la Eucaristía. Jesús viene a nosotros para capacitarnos para vivir este mismo amor que Él demuestra de la manera más dramática en la Última Cena con el lavado de los pies, pero aún más poderosamente con el don de su vida en el Calvario. Esto es, de nuevo, cuando vamos a misa, lo que se nos hace presente, este amor sacrificado del Señor.

Hace unas semanas, entrevisté a Sohrab Ahmari sobre su libro más reciente, que se llama El hilo intacto, pero su libro anterior habla realmente de su conversión. Sohrab creció en Irán y fue criado como musulmán, pero lo rechazó, sus padres, probablemente no eran muy devotos. Estuvieron expuestos a una cierta cantidad de cultura occidental, no eran realmente devotos, pero lo enviaron a la escuela para que aprendiera el Corán. Sohrab rechazó mucho del Islam cuando era niño. Se rebeló contra él. Pero una de las cosas que dijo fue que siempre se inspiró en el relato de algunos de los mártires musulmanes y en un pasaje particular del Corán donde se habla de este martirio. Así que él y su madre llegan a Estados Unidos, y él está realmente emocionado porque ha

estado escuchando música occidental y viendo películas occidentales y sueña con ir a Nueva York, pero de todos los lugares acaban en Utah. Tenía un tío que ya había venido y estaba en Utah. Pero de todos modos, ha perdido su fe islámica, se convierte básicamente en un agnóstico, tal vez ateo. Comienza a sumergirse en todas las partes desafortunadas de la cultura americana y busca el placer.

Pero como joven de 20 años, está abatido. Se da cuenta de que su vida no tiene sentido, no es feliz con lo que hace, está desperdiciando su vida. Es decir, está teniendo éxito materialmente, pero no encuentra consuelo en ello. Está en Nueva York. Se está preparando para tomar un tren de vuelta a Massachusetts, donde vive en ese momento, y tiene tiempo para gastar, y empieza a caminar por el barrio de la estación de tren y hay una iglesia católica allí. Por alguna razón decide entrar, y entra y se está celebrando la misa. Se sienta allí, no tiene ni idea de lo que está pasando, y llega a la parte de la consagración. El sacerdote sostiene un disco blanco, no tiene ni idea de lo que es, pero oye las palabras de la consagración y le recuerda el lenguaje de los mártires islámicos. Se da cuenta de que se está proclamando algo heroico, que alguien está haciendo algo heroico por los demás.

Por supuesto, llegaría a comprender que este heroico sacrificio lo hacía el propio Dios. Con el tiempo se haría cristiano y acabaría convirtiéndose al catolicismo. Pero siempre me ha llamado la atención que, sin saber nada del cristianismo o del catolicismo, o muy poco, comprendiera inmediatamente que la misa trata de este sacrificio de este amor heroico. Si entendemos eso y lo apreciamos, entonces cuando la Misa llega a su conclusión, por supuesto que siempre somos enviados, se nos dice que vayamos a glorificar al Señor con nuestras vidas, o que vayamos a anunciar el Evangelio de Jesucristo. Somos enviados en misión en todas y cada una de las Eucaristías.

¿Cuál es esa misión? Es llevar este hermoso y sacrificado amor, este humilde amor de siervo al mundo de los casados y a sus matrimonios y familias. Los padres viven este amor de siervo mientras cuidan de sus hijos, pero llevarlo al lugar de trabajo, a nuestras comunidades, a nuestras amistades. Que la llamada del discípulo en que nos convertimos, este es el gran milagro, que nos convertimos en lo que comemos en la Eucaristía y por eso estamos llamados a ser lava pies. Recuerdo haber leído un libro hace años que se basaba en el principio del capítulo trece de Juan y se llamaba La gente de la toalla y el agua, y así fuimos llamados a ser gente que lava los pies, básicamente, si quieres.

Pero estamos dispuestos a hacer lo que sea necesario para que el amor de Dios que hemos llegado a conocer y experimentar y recibir, sea real en el mundo. Que Jesús viene a nosotros para consolarnos, para darnos paz, pero también para darnos el poder de ser esas personas que tienen la misión de transformar el mundo por su amor. Vemos que en los primeros cristianos, lo que realmente llevó a la gente a la fe en su tiempo, no fue tanto la predicación de los apóstoles, ni siquiera algunos de los milagros que Jesús fue capaz de hacer a través de algunos de los líderes de la iglesia primitiva, sino que fue ver cómo estos cristianos se amaban unos a otros. Eso es lo que realmente transformó al mundo,

cuando la gente comenzó a ver la forma en que los cristianos que creían en el Señor y eran fortalecidos por la Eucaristía, cómo vivían sus vidas. Las mujeres eran tratadas de manera muy diferente, cómo se estimaba el matrimonio, cómo se consideraba sagrada la vida, y que estos cristianos arriesgaban sus propias vidas para servir a los demás. Esto es lo que la Eucaristía debe ser para nosotros también. Al concluir estas reflexiones sobre la Eucaristía, concluimos con esto. Sí, la Eucaristía es la fuente y la cumbre de nuestra fe, pero también es la fuente y la cumbre de nuestra misión. La Eucaristía nos pone en misión para tomar lo que hemos recibido una vida misma de Dios y cómo Él quiere apoderarse de nosotros para que pueda usarnos como instrumentos para llevar su amor al mundo.

Queridos amigos, espero que estas reflexiones os hayan sido útiles. Como Iglesia en su conjunto, aquí en los Estados Unidos, estamos empezando a embarcarnos en esta iniciativa de tres años para renovar lo que Juan Pablo II denominó asombro eucarístico, para renovar nuestro asombro y admiración por este precioso don del Señor que nos da en este sacramento de la Eucaristía y el sacramento de su cuerpo y sangre. Queridos amigos, si sacáis algo de esto, recordad: ¿qué puede ser más importante? ¿Qué podría retenernos, qué podría impedirnos acudir a la Eucaristía al menos una vez a la semana, al menos el día del Señor? Para los católicos, el centro de nuestra semana debe ser el domingo y el centro del domingo debe ser la Eucaristía. Así que gracias por escuchar y que Dios nos bendiga. Que seamos la gente del agua y de la toalla, que sigamos a Jesús en esta forma de amor servicial, de amor abnegado, que transformemos el mundo con el amor de Jesucristo que se nos da en la Eucaristía. Gracias por escuchar. Que Dios nos bendiga. (música)